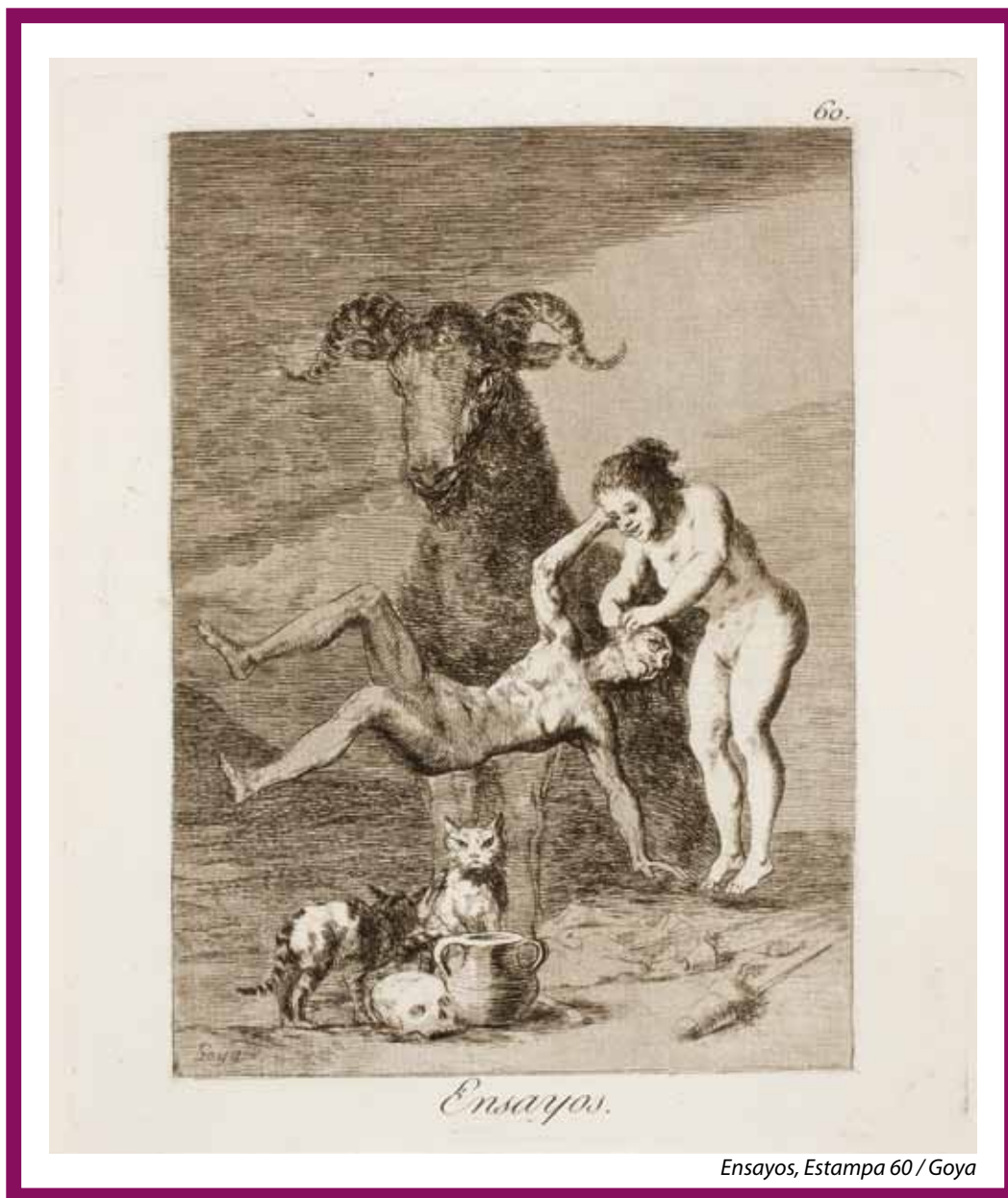


Aphra Behn

Rubén Lau*



Ensayos, Estampa 60 / Goya

Es muy vieja la reflexión sobre la naturaleza del ser humano y su condición social. Muy variadas y floridas han sido también las respuestas sobre tal preocupación desde lejanos tiempos, como hasta hoy sigue siendo, y seguirá de seguro, la solución de la inquietante y permanente congaja: cuál es la mejor organización política para convivir en sociedad. Cualquiera que ésta fuese, le acompaña el más complejo de los problemas asociados al poder: cómo limitar los excesos y extravíos de quienes se elevan, o buscan acceder, a posiciones de mando. Aristóteles, como pionero, habló de un animal político al referirse al ser humano

y analizó diversas formas de convivencia y sus respectivas desviaciones: monarquía-tiranía; aristocracia-oligarquía, y república (*politeia*¹)-democracia, respectivamente. Vinieron luego los prolongados tiempos de identificación de los hombres como criaturas de Dios y las figuras de los emperadores y papas como pastores de aquellas sociedades y representantes de Dios en la tierra, con sus naturales pugnas por la supremacía reclamando ambas instancias como sustento último el inescrutable origen divino. La etapa del Renacimiento, y dos siglos previos, mantuvieron viva esa reflexión dando un énfasis al hombre mismo, con sus

religiosidades y sus realidades específicas. De aquellas múltiples y notables mentes se fue instilando la noción moderna del Estado, de la razón de Estado, y con ello se instaló la elaboración diversificada de teorías y fundamentos conceptuales de tal o cual forma, fuesen monarquías, estado-repúblicas, monarquías universales, o cualquier variante. Todas ellas tenían como matriz básica la fundamentación misma de la razón de ser y prevalecer del poder político como elemento cohesionador y sustentador de la organización colectiva.

Innumerables personajes lanzaron al tiempo sus ideas e interpretaciones desde muy diferentes ángulos, bien desde la filosofía, el derecho, la teología, la literatura o las simples fantasías de múltiples inspiraciones. Hubo también etapas de largas transiciones con años de singular presencia y otros, pudiéramos decir, de espaciadas asimilaciones. Uno de esos periodos es identificado por autores ya clásicos, Paul Hazard² entre ellos, como años inundados de relatos, memorias, cartas y relaciones de viajeros, misiones religiosas y aventureros que describían otros mundos, sociedades, costumbres y creencias similares o muy diferentes a las

el príncipe esclavo. Su itinerario de vida la había nutrido de experiencias que facilitaron su inspiración. En efecto, siendo niña por razones de trabajo su padre la llevó a Surinam (Guayana Holandesa) donde tuvo contacto con la vida de los habitantes aborígenes; percibió sus formas de vida y maneras de pensar diferentes a las usanzas europeas de la época. Conoció de rebeliones de los habitantes naturales de la región. A los 18 años regresó a Europa con las visiones imborrables de su experiencia de vida. Los años pasaron, tomó el apellido Behn de su esposo, muerto tempranamente. Con una inteligencia notable y una belleza que no pasaba desapercibida —narran quienes dan cuenta de su existencia—, se movía en los círculos altos de la sociedad y de la corte del rey inglés Carlos II, con quien tuvo relaciones muy cercanas. Sea como fuere, sirvió también como espía de dicho rey en Holanda durante la guerra entre este país e Inglaterra (1665-1667). Conoció la cárcel por deudas y hacia 1670 se dedicó a escribir poemas, novelas, comedias que fueron representadas. De esta época surgió su *Oroonoko* (1688). Con esta novela irrumpe en el escenario literario europeo la imagen de lo que se conocerá como “el buen salvaje”.

En efecto, siendo niña por razones de trabajo su padre la llevó a Surinam (Guayana Holandesa) donde tuvo contacto con la vida de los habitantes aborígenes; percibió sus formas de vida y maneras de pensar diferentes a las usanzas europeas de la época.

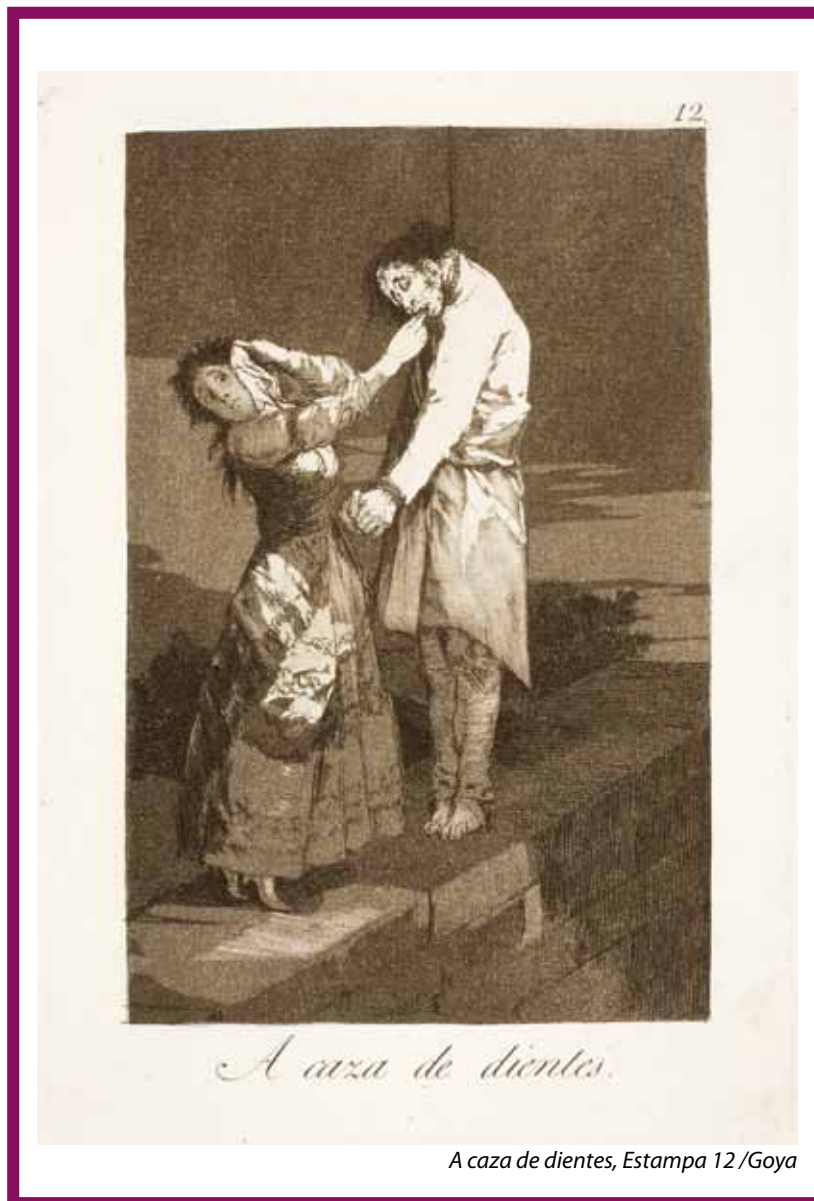
existentes en Europa, hechos que sirvieron para incubar formas nuevas de concebir las cosas. Una de esas figuras fue Aphra Behn, escritora inglesa nacida en 1640, quien a los cuarenta y nueve años, con la siempre inoportuna visita de la muerte en 1689 terminó su viaje en este mundo, siendo los últimos doce los de mayor producción y publicación literaria. En nuestro idioma es muy reciente la edición en español de sus obras más importantes. Una primera entrega la hizo la Universidad de Málaga en el 2000 con *Oroonoko o el príncipe esclavo. La hermosa casquivana*, y el 2008 la editorial Siruela. Sirvan estas líneas para presentarla en nuestro medio fronterizo.

Bien. En el primer capítulo del libro mencionado, Paul Hazard, entre otros temas, destaca la aparición a fines del siglo XVII, inicios del XVIII, de los *Viajes y memorias* del Barón de Lahontan, obras referidas a sus experiencias en Canadá donde describe a sus habitantes naturales con la imagen del “buen salvaje”. Pero poco antes de este singular Barón, Aphra Behn se había colocado como una pionera del tema con su *Oroonoko* o

Justamente queremos llamar la atención sobre esa noción del “buen salvaje” que invadió a pensadores y literatos europeos de la época, como ya conocimos el caso aludido por Paul Hazard. En uno de sus estudios, André Lichtenberger, advierte en la inglesa Aphra Behn, como a la fundadora de esta tradición con el relato-novela mencionado, donde describe el estado de inocencia y natural en que vivían comunidades aborígenes y sus vicisitudes al contacto con el mundo civilizado. Lichtenberger dice:

Desde el siglo XVI, un gran número de pensadores habían emprendido el estudio de la naturaleza humana como tal, con independencia de lo que las tradiciones teológicas y escolásticas enseñaban al respecto. Se trataba de descubrir las tendencias innatas, los verdaderos sentimientos primitivos del hombre para responder a esta cuestión de importancia vital: ¿es el hombre por naturaleza bueno y sociable? De la respuesta dependía la solución de graves problemas políticos y morales: si el hombre es naturalmente bueno, las sociedades actuales





son culpables y a menudo lo han vuelto malo y desdichado; si por naturaleza es malo, los gobiernos opresivos son los mejores para reprimir sus feroces instintos.³

La escritora Aphra Behn, a quien Lichtenberger ubica, además, como la primera mujer que vivió del oficio de escribir, incide en esta tradición al aportar con su relato *La descripción de un caso real, no hipotético, sino específico, del hombre en estado de naturaleza* sobre el cual bordaban diversas hipótesis, teorías y descripciones utópicas. Aquí el peso que tenía la referencia a comunidades reales, primitivas si se quiere, pero existentes, era algo novedoso, de impacto, pues nada tiene más fuerza en el afianzamiento de una teoría que su contrastación con hechos concretos, de la misma forma que las excepciones en casos específicos desmoronan a una ley en la física. En *Oroonoko* se aportaban evidencias de una sociedad primitiva del “buen salvaje”, del hombre en estado de naturaleza, cuestión que

tanto alimentaba la imaginación de los creadores y pensadores. De esa obra se desprendía entonces, dice Lichtenberger, una conclusión insoslayable: “la naturaleza es el mejor de los maestros y el hombre natural el mejor de los hombres”.⁴

De manera adicional, vale la pena anotar que Lichtenberger presenta a otros autores de renombre menor a Rousseau u otros enciclopedistas que aportaron novelas, relatos o simplemente escritos que discutían esas inquietudes. Como ejemplo, Nicolás Gaudevillle, nacido a mediados del siglo XVII y a quien llama “précurseur de Jean-Jacques Rousseau”,⁵ quien en su versión libre de la *Utopía* de Tomás Moro señalaba a la propiedad, la avaricia y la ambición como las “tres pestes de la sociedad civil”,⁶ y llegó a precisar que “las leyes divinas y humanas sólo son precauciones contra nuestros desórdenes”.⁷ Así, Lichtenberger arriba a un señalamiento: “Las ideas que llegaría a sostener Rousseau tenían ya adeptos en los primeros años del siglo

XVIII”⁸ Gracias, pues, a un fenómeno curioso que se despliega con la gradual acumulación de ideas en una etapa histórica, toca a veces a ciertas mentes brillantes resumir con su estilo ese torrente de inquietudes y reflexiones.

La originalidad de pensadores en tal encrucijada tiene ese peculiar antecedente, lo que de ninguna manera disminuye el mérito de quien juega ese papel. John Locke, por ejemplo, con su *Carta sobre la tolerancia* y *Ensayo sobre la tolerancia*, es uno de estos fenómenos, pues antes se había tratado el tema por otros pensadores, pero correspondió a él convertirse en el punto de referencia dominante sobre el particular. Una explicación de esto se tiene en estas palabras de Lichtenberger:

El estudio de los grandes escritores frecuentemente nos hace ver que las ideas que desarrollan les pertenecen menos por el fondo que por la forma que han sabido darles. A menudo, con la fuerza del talento, no hacen más que precisar, coordinar

cubrió nada, pero lo incendió todo”¹⁰

Algo similar, pero en mucha menor proporción, aconteció con Aphra Behn. No incendió los espíritus pero sí contribuyó a fortalecer la búsqueda de respuestas para una mejor sociedad en comunidades fuera del contexto europeo. Tan fue relevante la temática del hombre en estado de naturaleza que destacadas inteligencias, antes incluso de la señora Behn, aportaron teorías y visiones diversas sobre la organización de la sociedad y fundaron sus hipótesis en un mundo natural, imaginaron al hombre en ese mundo y sus posibles características (bueno, libre, ingenuo, o lobo) y probables desenvolvimientos. John Locke, por ejemplo, arrancó sus reflexiones partiendo del hombre en estado de naturaleza, igual lo hizo Thomas Hobbes o Rousseau; en la literatura tenemos al Robinson Crusoe. Incluso en el mundo de las doctrinas socialistas, muchos años después, Federico Engels no resistió la tentación de apoyarse en el tema con su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, basado en el

Es la forma, el momento histórico, la disposición del auditorio, los tiempos que se atraviesan, estados de ánimo, etcétera; es todo ese conglomerado de factores lo que puede influir en los alcances, en los impactos de los voceros de eso que se llama “el espíritu de la época”.

y exponer vagas tendencias, sentimientos tímidos, imprecisos intentos de teoría, que se encuentran dispersos en escritos anteriores de autores hoy olvidados. El hecho es común y por demás natural. Tal es el caso de Jean Jacques Rousseau.⁹

Para completar la visión sobre este fenómeno, dejemos que Lichtenberger nos diga que antes de Rousseau, como antes de Aphra Behn en su tema, hubo escritores que atacaban la propiedad y sus consecuencias, otros soñaron con el estado de naturaleza, muchos creyeron en la bondad originaria del hombre. Rousseau, de aquí su singular relevancia, retoma todas esas teorías y pensamientos y con el brillo que les aporta en sus exposiciones, opacó el pasado y atrajo hacia su figura la referencia hacia aquellas concepciones. Es la forma, el momento histórico, la disposición del auditorio, los tiempos que se atraviesan, estados de ánimo, etcétera; es todo ese conglomerado de factores lo que puede influir en los alcances, en los impactos de los voceros de eso que se llama “el espíritu de la época”. Por esto tal vez Madame de Staël llegó a decir: “Rousseau no des-

estudio de Lewis Morgan sobre los iroqueses, *La sociedad primitiva*. Pero además de esa búsqueda, la novela de Aphra Behn relata rebeliones de aborígenes y su exposición despliega visiones que exhiben los vicios del poder en las sociedades europeas y despierta en el lector una solidaridad con las luchas antiesclavistas. Se coloca, pues, en una trinchera de simpatías hacia el combate del esclavismo, postura sin duda muy temprana en los tiempos.

Esos tiempos precisamente que, vistos desde hoy, se entienden como anticipación de la Ilustración del siglo XVIII, largos periodos de búsqueda de nuevas respuestas a los problemas de conciencia y explicaciones del proceder de la naturaleza y del hombre en sus circunstancias históricas. Fueron décadas, de 1660 a 1715, aproximadamente, en que la audacia e inteligencia de pensadores sentaron bases epistemológicas, ideas y sólidos fundamentos para llegar después a separar lo civil de lo eclesiástico; etapas en que la lógica racional instalaba su personalidad propia y se despegaba de los dogmas y preceptos apodícticos extraídos de



las sagradas escrituras; época en que la filosofía deísta estaba cerca del ateísmo y se concentraba, entre otras cosas, en consolidar el derecho natural; largos años en que el escepticismo floreció en pensadores calificados como “libertinos” por disfrutar los placeres de la vida (no se refiere a conductas desenfrenadas) y su apego constante a la duda en materia religiosa sobre todo desde variados enfoques; “libertinos” por atreverse a juzgar de todas las cosas con entera libertad, devolviendo así —como alguien dijo— la dignidad a la razón, agudos críticos de la superstición y el fanatismo, como lo muestra el fragmento poético de Jean Dehénault (1611-1682), traductor al francés de Lucrecio, y que por su especial significado del “libertinaje” de entonces, reproducimos aquí como ejemplo del alejamiento de los dogmas religiosos y la singular manera de concebir uno de los asuntos de mayor trascendencia en el itinerario de vida de los seres humanos: la muerte, el más terrible de los castigos que la religión presenta con la inmortalidad del alma, a su vez la más opresiva de las amenazas sobre la existencia en todos los tiempos en ese juego constante de recompensas y sanciones mortificantes. Reza el poema:

Todo muere en nosotros cuando morimos;
La muerte no deja nada y nada es ella misma;
No es más que el momento extremo
Del poco tiempo que vivimos.
Cesa de temer o de esperar
Ese futuro que ha de seguirla.
Que el miedo de extinguirte y la esperanza de revivir
En ese oscuro porvenir cesen de extraviarte.
El estado que sigue a la muerte
Es semejante al estado que precede a la vida.
Somos devorados por el tiempo.
La naturaleza nos llama sin cesar al caos.
Mantiene a costa nuestra su eterna vicisitud.
Como no lo ha dado todo.
Recibe también todo nuestro ser.
La desgracia de morir iguala a la dicha de nacer.

Y el hombre muere entero, como entero nació...¹¹

Todo este movimiento se expresó de muy diversas formas y en ese círculo restringido de hombres cultos, un inglés, Anthony Collins, en 1713, otro ejemplo, llegó a instalar para la posteridad el concepto del *librepensador* como símbolo codificado de la *libertad de pensar*, derecho que se venía abriendo paso lentamente, con frecuente riesgo de la vida por la intolerancia reinante.

Fue en esta amplia y compleja marea de inquietudes, debates, dudas y desarrollos intelectuales en donde debemos ubicar la personalidad y obra literaria de Aphra Behn. Justo en ese siglo XVII, llamado “siglo maldito”, tipificado como uno de los más belicosos de la historia, pues en

...ese siglo tuvieron lugar más guerras que en cualquier otra época anterior a la primera guerra mundial. Los registros históricos revelan sólo un año sin conflictos entre los Estados de Europa durante la primera mitad del siglo (1610) y únicamente dos años durante la segunda mitad (1670 y 1682).¹²

Sirvan pues estas líneas para estimular un acercamiento a la escritora inglesa y a otras notables mujeres de letras de esos tiempos.

*Docente-investigador de la UACJ.

¹ *Politeia*: gobierno de la mayoría sin afectar a la minoría (noción aristotélica).

² Me refiero a su obra *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*.

³ André Lichtenberger, *Le Socialisme Utopique. Etudes sur Quelques Précurseurs Inconnus du Socialisme*. Felix Alcan Éditeur, Paris, 1898, p. 20.

⁴ *Ibid.*, p. 27.

⁵ *Ibid.*, p. 31

⁶ *Ibid.*, p. 33

⁷ *Ibid.*, p. 41

⁸ *Ibid.*, p. 51.

⁹ *Ibid.*, pp. 31/32.

¹⁰ *De la Littérature Considérée Dans ses Rapports Avec les Institutions Sociales*. Bibliothèque Charpentier, Paris (s.f.), p. 256.

¹¹ Cf. Paul Hazard, *op. cit.*, p. 112.

¹² Geoffrey Parker, *El siglo maldito. Clima, guerra y catástrofe en el siglo XVII*. Planeta, Barcelona, 2013, p. 78.

Fecha de recepción: 2014-05-09

Fecha de aceptación: 2014-06-17